

# I

MARZO, AÑO DEL REDENTOR DE 1175

Balduino descendió por la rampa de troncos y acicateó a su montura. Las herraduras del animal pronto llenaron de ecos metálicos la zanja labrada en la roca. Galopar a lo largo del foso de Jerusalén le había resultado sumamente divertido al principio, cuando los monótonos ejercicios de doma en los jardines de palacio dieron paso por fin a las primeras cabalgadas. Soltar riendas, picar espuelas y salir catapultado como una flecha le habían supuesto sensaciones indescriptibles, apasionantes. Poco después llegaron nuevos retos.

Abul Khair, el maestro beduino al servicio del reino, se había empeñado en enseñarle a sortear travesaños, piedras y otras muchas trampas habituales en cualquier campo de batalla. Y cuando aquellas dificultades ya parecieron un juego de niños, el hombre del desierto decidió prenderles fuego. Para añadirle un ápice de realidad al entrenamiento; pero, sobre todo, para que su joven pupilo no se aburriera de hacer siempre lo mismo.

Aquel día Guillermo de Tiro se lanzó al foso haciendo aspavientos. El archidíacono, canciller del reino y tutor personal del futuro monarca no juzgó necesaria ni procedente tan temeraria práctica.

—¡Maldito árabe loco! ¿Pretendes dejarnos sin rey antes de que podamos subirlo al trono? —recriminó agriamente al beduino.

A la mañana siguiente, Abul Khair compareció en palacio con dos camellos, pero no logró llevar a cabo su peregrino propósito. Guillermo de Tiro no lo autorizó a impartir clases de equitación sobre aquellas criaturas horribles. Un rey cristiano, le dijo, jamás montaría bestias jorobadas más propias de infieles como él mismo. Así pues, lo único que el beduino consiguió con su iniciativa fue el despido. Tras aquel día de infortunio, Balduino continuó con sus prácticas ecuestres una vez al día, pero ya sin nadie a su lado. Y, sobre

todo, sin trabas ni cortapisas que pudieran poner en peligro su integridad física. Así lo decidió Guillermo de Tiro.

El joven jinete rodeó la ciudadela y dejó atrás la torre de David a galope tendido. La cuenta mental dentro de su cabeza se había iniciado en la misma pasarela de troncos, al descender al foso. Porque, a falta de otra cosa, el tiempo invertido en el recorrido había pasado a ser su único desafío. A Balduino le gustaba pensar que cada día era más rápido a lomos de su montura, aunque solo fuera durante unos pocos segundos. Y a tal fin trazaba las curvas a cuchillo y se aplicaba cada vez más tarde al freno en el momento de dar la vuelta, siempre en el mismo punto.

Al pequeño monarca le habría encantado cabalgar por lugares abiertos, asomarse al valle del Tiropeón, ascender al monte de los Olivos... O, cuando menos, completar el contorno de la ciudad, aunque su único horizonte no fuese otro que las paredes del foso. Pero Guillermo de Tiro se lo tenía prohibido. Invariablemente debía regresar tras doblar la torre de Tancredo. Y para asegurarse de que así lo hacía, el archidiácono había apostado allí a un puñado de guardias; por si a su protegido le daba por incumplir las órdenes.

Muchas veces Balduino se preguntaba qué harían aquellos fieles soldados si un día decidiese no retener a su cabalgadura y seguir adelante. ¿Bajarían aquellos hombres las lanzas en son de amenaza o se apartarían para franquear el paso al futuro rey de Jerusalén?

Varias siluetas se asomaron desde el puente levadizo de la puerta de Jaffa al escuchar un golpeteo de cascos en el suelo del foso. Eran peregrinos provenientes de la costa. Hombres y mujeres que habían llegado en barco a alguno de los puertos de Tierra Santa con la ilusión de visitar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo ahora que estaba en manos cristianas otra vez. Evidentemente, poco podían sospechar aquellas gentes que quien cruzaba como una exhalación por debajo de sus cabezas era el hijo pequeño del difunto rey Amalrico.

Balduino se ciñó a la pared derecha tras rodear la torre de Tancredo. Después tiró de las riendas y giró bruscamente cuando la colisión con los guardias ya parecía inminente. Era una maniobra arriesgada, violenta, pero muy medida, la que el aprendiz de jinete ejecutaba a diario, siempre en sentido izquierdo. Y es que desde muy niño Balduino había notado más fuerza en su extremidad

zurda, y de ahí que prefiriese usar ese brazo a la hora de realizar esfuerzos.

Divisó, como todos los días, la imagen rechoncha de su tutor sobre la rampa de troncos. El archidiácono acostumbraba a esperar allí, encaramado sobre el artilugio que él mismo había hecho construir con el fin de utilizar el foso de Jerusalén como un hipódromo. Otras dos figuras contemplaban también su escalofriante galopada desde la muralla de la ciudadela. Balduino las reconoció al instante a pesar de los contraluces. Aquellos brazos desnudos saludando desde las almenas, aquellas melenas sueltas al viento... Solo podían ser ellas. Tanto a su madre como a su hermana les gustaba asistir a sus ejercicios matinales de monta y jalearse calurosamente sus progresos. A él, por su parte, le encantaba saberse admirado; y también querido por ambas mujeres.

Las dos habían regresado recientemente a la corte tras años de obligado destierro. En realidad sus vidas, y también la del propio Balduino, habían cambiado drásticamente en el mismo momento en el que el difunto Amalarico decidió ceder a las presiones del Alto Tribunal del reino.

Tras dos años de tiras y aflojas, Amalarico aceptó finalmente repudiar a su esposa con el único fin de mantenerse en el trono. Según el máximo órgano de Gobierno, el parentesco entre ambos cónyuges resultaba excesivamente cercano y, por tanto, indecoroso. Ya le habían permitido ser conde de Jaffa y Ascalón a pesar de estar casado con una prima lejana. Ostentar, sin embargo, el cargo de rey de todos los cristianos de Tierra Santa en esas circunstancias se antojaba inadmisibles a los ojos de Dios y del papa. De ahí la procedencia de un divorcio inmediato.

Por eso Balduino se había criado como un pobre huérfano. A su madre dejó de verla a los dos años, cuando aún no tenía uso de razón. En cuanto a su progenitor, este siempre estuvo esclavo de sus guerras y sus treguas, sujeto a viajes inaplazables que lo mantenían ausente durante meses. Pero es que ni siquiera pudo disfrutar Balduino del contacto con su hermana Sibila. Amalarico pronto la recluyó en el convento de San Lázaro, en la ciudad de Betania, para que la criara su tía abuela, la abadesa Ioveta.

A cambio, el pequeño príncipe recibió una madrastra, María Comneno, sobrina nieta del emperador de Bizancio; y una media

hermana, Isabel, con la que apenas había convivido dada la diferencia de edad entre ambos.

Balduino se soltó de manos para devolver el cariñoso saludo de ambas damas. Abul Khair le había enseñado a usar las piernas para manejar un caballo lanzado al galope. Heridas, golpes, lesiones o el simple embarazo de las armas, había insistido el beduino, exigían que un verdadero guerrero aprendiera a conducir su montura con una leve insinuación de las rodillas.

La brisa le trajo la voz angustiada de Guillermo de Tiro. El archidiácono lo instaba a dejarse de piruetas, y a recoger de nuevo las riendas, pero Balduino no le hizo caso. Además, en vez de finalizar su recorrido en la rampa de troncos, cambió de rumbo y se dirigió hacia la pequeña poterna de la torre de David.

Jamás había tratado de superar a lomos de un caballo los empinados escalones que ascendían directamente al interior de la ciudadela. Sin embargo, aquella mañana Balduino se propuso impresionar a sus dos admiradoras. Quería aparecer en los jardines de palacio por el lugar más insospechado.

Inevitablemente, el cuadrúpedo trastabilló un par de veces y casi perdió el equilibrio al verse obligado a atacar tan abruptos peldaños. Entonces los gritos del archidiácono se volvieron desgarradores, desafortunados. Espabilaron a los dos centinelas que dormitaban al otro lado del arco, pero ya era demasiado tarde para impedir la osada maniobra del jinete.

Ambos guardias tan solo pudieron apartarse de un salto para que aquel centauro valiente no se los llevara por delante. Cuando Guillermo de Tiro se presentó junto a la fuente del patio, Balduino todavía estaba sobre la silla, recibiendo las felicitaciones de ambas damas.

—¿Pretendes que tu padre se levante de su tumba para asarme a fuego lento, maldito insensato?! ¡Le prometí que haría de ti un buen rey! ¡Pero no conseguiré nada si ni siquiera llegas a la mayoría de edad vivo! —resopló el religioso, rojo de ira y cansancio tras la carrera desde el foso.

Balduino se apeó del caballo de un salto y corrió hacia los centinelas. Apenas encontró oposición para hacerse con la espada del primero.

—¿Un buen monarca has dicho?! —exclamó furioso—. ¡Solo me queda un año para alcanzar la mayoría de edad! ¿Hasta cuándo

vas a tratarme como a un chiquillo?! ¿Acaso no hay nadie en todo el reino capaz de enseñarme a pelear como un caballero cruzado?!

—¡Balduino, por todos los santos, baja esa espada ahora mismo!  
—Guillermo de Tiro retrocedió al ver acercarse a su enfurecido alumno. A veces había considerado la posibilidad de proporcionar un cierto adiestramiento militar a su protegido, pero siempre había acabado desechando la idea.

Balduino era un adolescente sano, pero solo en apariencia. La enfermedad se presentaría en algún momento. De eso Guillermo estaba bien seguro, pues había sido él mismo quien descubriera los primeros síntomas. Y cuando eso ocurriera, el joven rey bastante haría con tomar decisiones desde su lecho. La cabeza importaba más que el físico, y por eso procedía priorizar lo intelectual sobre lo meramente atlético. Así lo había hecho siempre, con el beneplácito de su padre, el rey Amalarico.

—¡Pelea conmigo! ¡Mira, soy un guerrero beduino! —le gritó entonces Sibila a su hermano tras arrancarle la lanza a uno de los centinelas.

Balduino giró la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Los beduinos son aliados nuestros! ¿Es que no lo sabes? ¡Pero sí que tienes aspecto de soldado mameluco con esa lanza! —rio abalanzándose sobre su hermana.

Ambos jóvenes cruzaron un par de golpes inofensivos ante la mirada de pavor del archidiácono.

—Tal vez debieras ser menos estricto con mi hijo. A su edad es normal que se interese por las armas. Al fin y al cabo, ya no es un niño...

Guillermo de Tiro escuchó la voz insinuante de Inés de Courtenay sobre su hombro. Entonces se volvió bruscamente, como si esperara una cuchillada por la espalda.

—Balduino es un joven enfermo. Ambos lo sabemos, condesa —repuso con la mayor firmeza posible.

Inés guardó silencio. Dejó que su mera proximidad y la fragancia de sus afeites surtieran efecto poco a poco.

—Al parecer, los médicos todavía conciben esperanzas... —murmuró cuando vio que el archidiácono comenzaba a embriagarse con el aroma de su cuerpo.

—Los... los físicos no tienen dudas en cuanto a la aparición de... de... —Quiso rebatir Guillermo la validez de tan descabe-

llado argumento, pero se sintió incapaz de concentrarse. La madre del rey había dado un nuevo paso adelante. Era Inés de Courtenay una mujer alta y voluptuosa, y por eso los bucles de su melena le hacían cosquillas en los mofletes. Lo peor de todo, sin embargo, era que el busto desafiante de la condesa de Sidón le quedaba justo debajo de los ojos.

Le sofocó al archidiácono la visión de aquel tobogán de carne trémula y brillante. Detestaba a la madre del rey desde hacía mucho tiempo, por su conocida vida licenciosa, y por considerarla una influencia nefasta para un ser todavía inmaduro. Aun así, debía reconocer que la antigua reina de Jerusalén era una hembra imponente, incluso a los ojos de un célibe. No era de extrañar que Amalarico hubiera sucumbido a sus múltiples encantos.

Se azoró Guillermo al ver que Inés todavía reducía distancias. Temió desfallecer ante las esencias de unos ungüentos capaces de convertir a una mujer de casi cuarenta años en una doncella de veinticinco.

—Los físicos no pueden predecir el momento en que la enfermedad se presentará de manera virulenta. Pero es posible que el proceso todavía se demore un poco. Mientras tanto, digamos que Balduino es un condenado a muerte con derecho a pedir un último deseo, o capricho, si queréis llamarlo de ese modo. ¿No os parece? Por eso mismo, ayer hablé con el regente.

La perplejidad hizo parpadear a Guillermo de Tiro.

—¿Habéis hablado con Raimundo de Trípoli?!

—Así es.

—¿Sobre qué? —preguntó el religioso a sabiendas de que la relación entre ambos era más bien tirante.

La condesa compuso uno de sus mohínes irresistibles.

—Sobre la educación de mi hijo —repuso—. Ambos estamos de acuerdo en que Balduino se inicie en el uso de las armas. Cuanto antes.

El archidiácono enarcó las cejas hasta que estas le rozaron el flequillo. Tenía a Raimundo III de Trípoli por un hombre recto y cabal, a pesar de que se había visto obligado a hacer algunas concesiones tras acceder a la regencia. La primera, permitir el retorno a la corte de Inés de Courtenay y de su hija Sibila por requerimiento expreso de Balduino. Sin duda podía haberse negado a ello, ampa-

rado en su cargo. Pero el cauteloso conde de Trípoli no había juzgado conveniente indisponerse con el pequeño monarca, aun cuando su concepto de la familia Courtenay no fuera precisamente favorable. Ahora saltaba a la vista que la bella Inés había comenzado a ganar terreno.

—¡Para Balduino manejar una espada o una lanza supone un riesgo inasumible! —protestó el religioso mientras trataba de alejarse de la tentación de la carne.

Resultó aquel un gesto inútil, porque una mano blanca y sensual lo retuvo por el brazo.

—No me cabe ninguna duda de que entre el regente y Vuestra Ilustrísima sabréis escoger al candidato más adecuado para el puesto —le susurró la condesa de Sidón desde muy cerca.

El archidiácono dio un brusco respingo tras recibir el recado. Inés de Courtenay acababa de restregarle el interior del oído con la punta de la lengua.

## II

14 DE MARZO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 1175

FORTALEZA DE HOMS

El lamento metálico de los cerrojos puso a Amadís en guardia. El caballero cristiano se sentó de un salto sobre el borde de su camastro. Fue aquel un movimiento dictado por el instinto y no por el miedo; igual que cuando un animal salvaje presiente a otra alimaña en medio de la espesura. Hacía ya algún tiempo, además, que a Amadís vivir o morir le importaban lo mismo. Pero tampoco era cuestión de darle facilidades al verdugo.

En realidad, el trasiego de guardias y prisioneros por el pasillo se había iniciado unos minutos antes, aunque de manera un tanto anómala. Demasiado pronto para tratarse del paseo diario. Demasiado tarde como para que sus guardianes hubieran pensado en un traslado de los cautivos cristianos a otro presidio. Por eso, la fiera que Amadís llevaba siempre dentro había preparado las garras, por si acaso.

Dos hombres aparecieron en el umbral de la puerta. Al más distinguido le embargaba la curiosidad; al carcelero, en cambio, le podía el aburrimiento. Llevaba ya muchos días viendo al mismo cristiano alto y fornido que no despegaba los labios ni para quejarse de la comida.

El hombre del turbante y la barbita rala se dirigió a su interlocutor en el idioma de los francos.

—¿Sabes quién soy?

Amadís lo miró detenidamente a la luz de la vela. Era aproximadamente de su edad. Tenía la nariz aguileña, las mejillas un poco hundidas y la tez aceitunada. El árabe no destacaba por su envergadura, ni por su fortaleza. A decir verdad, cualquiera habría dicho que su aspecto resultaba casi enfermizo.

—Eres Saladino —dijo.

Unos dientes blancos y diminutos brillaron en la semipenumbra de la celda como un relámpago en la noche.

—Así me conocen los cristianos. —Asintió—. ¿Sabías también que esta fortaleza es ahora mía?

—Lo suponía.

—No me digas... —Saladino compuso una simpática mueca de sorpresa, como si la perspicacia de su prisionero le divirtiese.

En realidad, poco era lo que Amadís había presenciado desde su celda, pero sí había escuchado el clamor de la batalla en el exterior. Algún ejército había asediado Homs durante varias semanas, y no habían sido los francos. Porque entonces las represalias de los carceleros habrían sido inmediatas y despiadadas. Por eso había dado por hecho que el ataque sobre la ciudad amurallada respondía una vez más a desavenencias entre facciones sarracenas.

Estaba Amadís frente a un auténtico sultán, pero no quiso dispensarle el tratamiento honorífico que habría merecido un rey cristiano. Y por eso se dirigió a él como si fuera un carcelero más de la fortaleza.

—Deduzco que atacaste a tu señor, Nur ed Din, el pasado ocho de diciembre —aventuró tranquilamente—, pero no lograste hacerle con la ciudadela hasta primeros de año.

No pareció tomarse a mal la desconsideración el guardián máximo del islamismo. De hecho, una abierta sonrisa se dibujó en sus labios.

—En realidad no fue exactamente así —dijo.

Amadís enarcó una ceja, súbitamente interesado en el acertijo.

—Nur ed Din murió en mayo del año pasado —continuó explicando Saladino—, poco después de que todos vosotros ingresaraís en este presidio. Así que difícilmente podría guerrear con un muerto. Pero sí, en cambio, me interesaba borrar de la faz de la tierra a quien ahora pretende hacerme sombra.

—¿Gümüshtekin?

Saladino asintió en silencio.

—El muy imbécil se ha autoproclamado gobernador de Alepo, y la guarnición de Homs decidió guardarle fidelidad en un primer momento. Cuando se vieron perdidos, se encerraron en la ciudadela y pidieron ayuda a los tuyos. Tal vez os contaran algo mientras esperaban una respuesta...

A la memoria de Amadís acudieron hechos pretéritos: días de lucha y gritos, batir de fundíbulos y arietes, altas voces entre los propios carceleros, hombres desesperados corriendo por el pasillo..., pero solo eso.

—Nadie nos explicó nada a los prisioneros.

Saladino compuso un gesto displicente.

—Es natural, supongo. Porque los francos les exigieron la puesta en libertad de todos los cautivos cristianos..., y los hombres de Gümüshtekin no aceptaron. A los pocos días se rindieron a nosotros.

Amadís sí recordaba el repentino cambio de guardias en los calabozos, y de pendones en las torres. Aparte de eso, una vez restablecida la paz, la rutina de los cautivos había continuado siendo la misma.

—Entonces ya no somos prisioneros de Nur ed Din, ni de Gümüshtekin, sino tuyos...

—Así es, desde hace tres meses.

Amadís frunció los labios. Algo le preocupó de repente.

—No sé si estás al corriente del acuerdo... —titubeó—. Es decir, no sé si conoces la razón por la que mis hermanos cristianos y yo nos encontramos aquí presos.

Otra vez la dentadura perfecta de Saladino iluminó la estancia.

—Siempre estuve informado de todos los asuntos de Nur ed Din cuando le debía obediencia; también de sus cuentas pendientes con los cristianos —rio—. Sé que mi antiguo señor apresó a muchos grandes señores en la batalla de Harenc hace diez años. Tal vez tú mismo estuviste en aquel lance...

Amadís rememoró brevemente la confusión, el desorden de las líneas... y el descalabro final de los ejércitos cruzados.

—Estuve, pero logré escapar.

Un gesto de decepción ensombreció el rostro de Saladino.

—Yo no pude gozar de aquella victoria —se lamentó—, pero me enteré de que entre los cautivos cristianos se encontraba el mismísimo conde de Trípoli. Conozco también el acuerdo reciente por el cual Nur ed Din accedió a liberarlo a cambio de una fuerte suma que, sin embargo, no cubría todo el montante del rescate. Sé que Raimundo tuvo que presentar garantías de pago antes de quedar libre.

Amadís miró de frente al caudillo sarraceno.

—Esa garantía fuimos nosotros. Veinte rehenes cristianos —dijo, pero a Saladino se le había quedado el aire un poco embelesado.

—Veinte hombres de alto rango, sí... Veinte cruzados... Veinte caballeros de élite... Eso es mucho dinero todavía pendiente. Y una gran pérdida para el reino de Jerusalén si yo decidiera sacrificarlos —murmuró sin salir de su ensimismamiento.

El rumor de pasos había cesado en el pasillo. El último preso en abandonar su confinamiento había sido Eustaquio de Sidón, justo en la celda de al lado. Si a sus compañeros estaban ejecutándolos en el patio, a lanzadas o a tajos, él no iba a enterarse; hasta que le llegara el turno.

Saladino levantó de repente la cabeza para observar mejor a su prisionero. Había curiosidad en aquellas pupilas negras.

—La pregunta es: ¿qué razones empujan a un hombre a empeñar su libertad para que otro pueda volver a su castillo y tal vez desentenderse de todo?

Amadís dudo sobre la conveniencia de responder o guardar silencio. Sabía que muchos de sus compañeros cautivos habían aceptado convertirse en rehenes porque esperaban futuros favores políticos. Pero ese no era su caso.

—Cada cual maneja sus propias razones, supongo. Y yo no me he preocupado por averiguar las de los otros —respondió lacónico.

Saladino asintió en silencio, conforme aparentemente con lo escuchado.

—Pero conoces las tuyas... —dijo.

Amadís volvió a meditar su respuesta.

—En mi caso fueron la amistad y el agradecimiento —confesó al cabo.

—¿Tanto aprecias a Raimundo de Trípoli?

—Sí.

—¿Y tanto le debes?

A la memoria de Amadís acudieron retazos de una infancia feliz en la corte de Trípoli. Raimundo III había sido para él igual que un hermano. Ambos se habían criado juntos. Habían compartido juegos y enseñanzas, e incluso la ausencia de un padre. En el caso del conde, debido a un lamentable asesinato. En el suyo..., a causa de la distancia.

Amadís había nacido en Palestina por accidente. Su progenitor, don Rodrigo Pérez de Traba, lo había engendrado allí en Tierra Santa, en algún desliz entre batalla y batalla. Así lo imaginó él siempre, porque de su madre jamás supo nada. Y cuando un día preguntó, le dijeron que había muerto.

Lo cierto era que el viejo conde de Monterroso había venido desde España para combatir al enemigo infiel, como hacían muchos grandes señores de Europa. Se trajo con él a un pequeño ejército que puso al servicio de Raimundo II de Trípoli durante un tiempo. Fue poco antes de regresar a su Galicia natal cuando le nació aquel hijo imprevisto; el único, que se supiese. Tardó diez años en volver a verlo.

Así pues, los de Trípoli habían sido su verdadera familia. Con ellos había convivido como uno más, en la mesa y en la batalla. Por ellos estaría dispuesto a morir si hacía falta.

Amadís agitó levemente la cabeza y chascó la lengua. Hablar por hablar no era una actividad que le divirtiese.

—Sin duda no has venido para que te cuente mi vida ni mis pensamientos —gruñó incómodo.

Un atisbo de sonrisa onduló el gesto del nuevo sultán.

—En realidad he venido para comunicarte tu liberación inmediata.

Amadís echó la vista atrás. Ocho meses habían pasado desde su ingreso en presidio. Un tiempo que no se le había hecho ni corto ni largo, más bien difuso. Libre o cautivo, por su cabeza cruzaban siempre los mismos recuerdos. Momentos que ya no volverían y que tal vez estuviesen mejor enterrados y muertos.

Saladino observó, no sin intriga, la escasa reacción de su prisionero.

—Finalmente el regente del reino de Jerusalén y yo hemos alcanzado un acuerdo que os convierte de nuevo en hombres libres. Me extraña que no te alegres... —repuso el sultán no sin asombro.

Un dardo imprevisto hirió los oídos del prisionero.

—¿Has dicho regente?

Un gesto de fingida contrariedad curvó los labios del caudillo sarraceno.

—¡Ah, claro, me olvidaba de que las noticias suelen llegar con cierto retraso a los calabozos! —exclamó—. Tu rey Amalarico

murió poco después que Nur ed Din, cuando tú ya estabas aquí dentro. Ahora tenéis un monarca que todavía no ejerce, y del que además se dice que está leproso. Por eso el Alto Tribunal ha nombrado regente a tu amigo Raimundo III de Trípoli.

Amadís se mantuvo en su sitio, erguido, grave, asimilando los hechos y los cambios. Sabía que algo más se escondía tras el anuncio de liberación de Saladino.

—También estoy aquí para hacerte una oferta —confesó al fin el gobernante agareno.

—¿Sobre qué?

—Sobre tus habilidades.

Amadís frunció el ceño.

—¿Cuáles?

—¿Sabes cómo te llaman mis hombres?

—No.

—Pues te dicen *alshaytan al'akhdar*.

Se encogió de hombros el prisionero cristiano.

—No hablo árabe.

—Yo sí. Significa «el demonio verde». —Saladino abrió los brazos como si le costara explicar lo evidente—. Lo de «verde» es por el color de la cruz que llevas cosida al pecho. En cuanto a lo de «demonio»... no es muy difícil de entender para cualquiera que te haya visto luchar en un campo de batalla. Y yo lo he hecho.

Durante muchos segundos, el silencio inundó el aire caldeado de la celda.

—Quiero que peles a mi lado, en mis ejércitos —asentó al fin el sultán de Siria y Egipto.

Amadís agitó la cabeza.

—Eso no es posible.

—Te pagaré bien, como jamás nadie haya hecho. Te concederé tierras, te haré un hombre rico —continuó Saladino mientras contemplaba con aprensión la raída sobreveste de su prisionero.

—No es una cuestión de dinero.

—Pues tampoco creo yo que sea la fe la causa de tu rechazo —contraatacó enseguida Saladino.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a pesar de esa cruz de San Lázaro que luces al pecho, nadie te ha visto rezar ni una sola vez en estos meses.

Amadís siempre había sido consciente de la paradoja. Aun así, decidió atenerse a una excusa que resultaba tan vulgar como inde-mostrable.

—Que nadie me haya visto no significa que no lo haya hecho —arguyó, hermético.

Saladino se mordió el labio inferior. Después se golpeó las rodi-llas con ambas palmas en claro ademán de derrota.

—Está bien. No insistiré más —concedió—, pero sabes mejor que yo que el reino de Jerusalén está condenado. Caerá en mi poder tarde o temprano. Con tu ayuda o sin ella.

Amadís asintió lentamente.

—Todo lo que nace muere, incluso los reinos. Por eso el tuyo también se desplomará algún día.

Saladino tendió su mano al hombre que estaba a punto de que-dar libre.

—Volveremos a vernos, supongo...

El caballero de la Orden de San Lázaro aceptó la amable despe-dida del islamita.

—No habrá más remedio.

### III

Amadís fue el último en abandonar la fortaleza a lomos de su caballo. Al animal, comprobó, lo habían tratado casi mejor que a su dueño en aquellos ocho meses de encierro. Le brillaba el pelo, lucía la grupa llena y parecía en plena forma. Seguramente lo habrían paseado por los alrededores casi todos los días. Picó espuelas para comprobarlo.

Puso rumbo hacia el montículo en el que sus compañeros de cautiverio estaban celebrando la liberación con amigos y familiares. Un escuadrón completo de caballería cristiana formaba tras ellos. Amadís distinguió las banderas amarillas del reino de Jerusalén y dos pendones con las cruces rojas del condado de Trípoli. En medio de aquellos estandartes se encontraba un hombre, también a caballo. Solo, expectante, con la mirada puesta en las puertas ya cerradas de Homs.

Raimundo III acicateó a su montura al ver aparecer en lontananza al último de los rehenes. Ambos jinetes se encontraron a medio camino, entre el cerrete de los reencuentros y las murallas de la fortaleza. El abrazo de los dos hombres resultó efusivo, rocoso, interminable.

—¡Al fin! —exclamó el conde de Trípoli con los ojos velados por la emoción—. Me habría gustado que fuera antes, pero...

Amadís zarandeó cariñosamente a su amigo de juventud y de infancia.

—¿Qué son ocho meses comparados con diez años? —dijo, en referencia a la duración del cautiverio del propio Raimundo.

Los dos caballeros se miraron de hito en hito durante unos segundos. Llevaban una década sin verse, desde la aciaga derrota de Harenc, cuando muchos cruzados murieron o cayeron prisioneros de las huestes sarracenas. Les costaba reconocerse. Pasaban con creces de la treintena. Seguían siendo fuertes, pero ya no eran los jovencuelos de antaño. Al conde Raimundo el encierro había hecho que le crecieran algunos flecos grises en las barbas. Menos mella le

habían hecho a Amadís los ocho meses de calabozo. El destino, sin embargo, le había dado otro tipo de zarpazos.

—Siento lo de tu hijo. —El conde de Trípoli frunció los labios—. Me enteré al salir...

Amadís asintió, pero no hizo ningún comentario. Prefería engañarse pensando que el silencio lo ayudaba a mitigar el dolor y olvidar la tragedia.

—Tengo algunas otras noticias que darte —titubeó Raimundo entonces.

—Si te refieres a la muerte de Amalarico y a tu regencia..., el propio Saladino me ha puesto al corriente.

—Bueno, eso me ahorra algunas palabras —el conde de Trípoli esbozó una sonrisa amarga—, pero no las peores.

—Tú dirás...

—Al parecer, tu padre ha fallecido en España.

Una cabezada de asentimiento fue la contenida respuesta de Amadís. Para él, su verdadero padre siempre había sido Raimundo II, aunque bien era cierto que guardaba un simpático recuerdo del año y medio que su progenitor permaneció en la corte durante su segunda visita a Tierra Santa. Aunque aún era casi un niño, había cabalgado junto a él muchas veces por los campos de Trípoli, e incluso más lejos. Habían salido a cazar con azores. Habían hablado de España, de los proyectos que el viejo conde de Monterroso guardaba para su hijo franco. Porque siempre había sido voluntad de don Rodrigo Pérez de Traba que Amadís retornara a Galicia hecho ya un hombre.

—Recibimos en Trípoli su testamento. Yo mismo lo he dejado en la oficina de la torre de David para que lo leas. Deberías echarle un vistazo, supongo.

Asintió Amadís sin mucho entusiasmo.

—Sí, lo haré en cuanto pueda —dijo.

Un jinete se había destacado del escuadrón que esperaba sobre el montículo. Amadís reconoció la pelambre gris y la silueta todavía enhiesta de Hunfredo II de Torón, el sempiterno condestable del reino. Siempre había tenido una buena relación con aquel hombre honorable. Aun así, el caballero de San Lázaro prefirió ponerse al día sin esperar la llegada del viejo caballero.

—¿Cómo están las cosas en Jerusalén?

Raimundo III se encogió de hombros.

—Coronamos a Balduino en julio del año pasado, pero nadie puede decir si será capaz de gobernar cuando le llegue el momento —dijo—. Y todavía estamos lamiéndonos las heridas del último desastre.

Amadís dio un respingo.

—¿Otra derrota?!

Raimundo de Trípoli pasó a relatar entonces la rocambolesca historia de su ascenso al cargo. Según dijo, a la muerte de Amalarico, el Alto Tribunal decidió dar plenos poderes al senescal, Miles de Plancy, un hombre más hecho a la vida palaciega que a las campañas contra el enemigo infiel. Y de ahí que el ataque conjunto que bizantinos y francos lanzaran sobre Egipto resultara al final un auténtico fiasco. Fue a la vuelta de aquel sonado fracaso cuando el conde de Trípoli había reunido de urgencia a todos los barones para exigir la regencia sin paliativos.

El futuro del reino de Jerusalén y el de todos los Estados Francos estaban en peligro, afirmó, sobre todo ahora que un único poder islámico los rodeaba como un lazo corredizo. Nadie encontró entonces palabras ni argumentos para frenar el ascenso de Raimundo a la regencia.

—Así pues, nos interesa la paz más que la guerra ahora mismo... —aventuró Amadís.

—Desde luego, al menos hasta que nos recuperemos de los últimos reveses —respondió el conde, tajante—. Falta dinero, faltan mercenarios y dependemos más que nunca de la ayuda que pueda llegar de Europa y de la buena voluntad de Bizancio.

—Todo eso no es nuevo para nosotros...

Raimundo de Trípoli chascó la lengua.

—No lo es, efectivamente. Pero lo cierto es que nunca hemos tenido un enemigo tan poderoso.

—¿Te refieres a Saladino?

El nuevo regente miró hacia las murallas de Homs entre la aprensión y el disgusto.

—¿A quién si no? —suspiró—. Las cosas han cambiado bastante en los últimos meses. Con Nur ed Din muerto, Gümüshtekin acobardado y los príncipes selyúcidas arrodillados ante él como humildes vasallos, el poder de Saladino empieza a ser asfixiante para nosotros.

—Y el rey... ¿qué dice al respecto? —repuso Amadís de repente. La pregunta cogió desprevenido a Raimundo.

—¿Balduino?

—Sí, ¿sabes qué opina sobre la nueva situación..., sobre la última derrota..., sobre su futuro como monarca...?

El conde de Trípoli torció el gesto.

—Balduino no es un muchacho fácil. Creo que desconfía de mí. Por eso he tratado de ganarme su confianza haciéndole algunas concesiones.

—¿Cuáles?

—Me he visto obligado a permitir el regreso de su madre y de su hermana a la corte.

—Ya, entonces... ¿Inés de Courtenay ha vuelto a Jerusalén después de tantos años?

—No he podido evitarlo —se lamentó el conde de Trípoli—. Balduino me lo pidió en cuanto llegué al cargo. Negarme a ello habría supuesto tensar un poco más la cuerda del arco.

La curiosidad guio la siguiente pregunta de Amadís.

—¿Y la reina? ¿María Comneno ha accedido a convivir en la corte con la madre de Balduino? Eso sí que no puedo imaginármelo...

Una nube de contrariedad veló la mirada del conde.

—María se marchó a su feudo de Nablus con la pequeña Isabel en cuanto murió Amalarico. Mucho me temo que Inés de Courtenay ha vuelto a Jerusalén para convertirse en reina *de facto*. Una desgracia con la que tendremos que convivir, supongo.

Amadís asintió comprensivo.

—Entiendo. Es natural que transigieras. Tu posición no es fácil —consoló a su amigo—. ¿Y quién se encarga de la educación del rey, además de su propia madre? ¿Guillermo de Tiro?

La nube de polvo en la que cabalgaba Hunfredo de Torón estaba a punto de alcanzarlos. Cuando el condestable se uniera a ellos, volverían los abrazos, los gritos de júbilo y los parabienes.

—Precisamente de eso quería hablarte. Hay algo que a ti también te concierne. Pero tendremos tiempo de sobra para tratar de ello por el camino.

## IV

Amadís se quitó el sol con la mano para contemplar mejor la Ciudad Santa. Muchas cosas habían ocurrido desde su partida ocho meses atrás, pero Jerusalén seguía siendo la misma. Resistía altiva, a pesar de las adversidades. Ni la muerte de sus reyes ni las derrotas de sus pobladores frente al enemigo islamita, ni siquiera las rencillas y disensiones entre sus gobernantes habían conseguido marchitar su grandeza.

Desde el monte de los Olivos el caballero de la Orden de San Lázaro admiró el contorno aserrado de la fortaleza, y la intrincada disposición de sus calles y barrios. Jerusalén era un laberinto labrado en la roca. Una ciudad vieja, como el mundo, en la que los cristianos de antaño y los llegados de Europa convivían con relativa armonía desde los tiempos de la Primera Cruzada.

Divisó la recién construida torre de Tancredo en el extremo noroccidental de la fortaleza. Una robusta atalaya llamada a reforzar el punto más crítico de la muralla. La mirada de Amadís barrió después el corazón de Jerusalén de un extremo a otro. A aquella hora, la explanada del Santo Sepulcro era un hervidero de gentes que buscaban la última comida del día, y también un aposento donde pasar la noche.

Los muros del hospital de San Juan destacaban por encima de las cúpulas de la iglesia como si ellos fueran los auténticos guardianes del cuerpo del Redentor. Un poco más a la izquierda, Amadís distinguió los mercados cubiertos. Imaginó la efervescencia que se vivía debajo de aquellas calles abovedadas, sobre todo en la *ruga Malquisinat*, el lugar en el que muchos peregrinos andarían comprando un trozo de queso, alguna fruta o cualquier vianda que llevarse a la boca antes de retirarse a dormir. A partir de ahí, el terreno descendía hasta el Tiropeón, el riachuelo que sacaba al exterior todas las inmundicias de la ciudad. Las calles volvían a empinarse al otro lado del valle hasta alcanzar el Templo del Señor, en el distrito de los templarios.

Amadís sintió la mano firme de Raimundo sobre su hombro.

—Nosotros entraremos por la puerta de Damasco —le dijo su amigo—. Como ves, el archidiácono está esperándonos para celebrar el retorno de los rehenes, sanos y salvos.

Amadís observó la comitiva. Eran principalmente clérigos y canónigos del Santo Sepulcro los que se arremolinaban al otro lado del puente con cirios y palmas. Al frente de todos ellos se encontraba el recién nombrado canciller del reino: Guillermo de Tiro, la mano derecha de Raimundo III de Trípoli. El religioso que debía educar al rey y librarlo de algún modo de los funestos influjos de su querida madre.

—Yo me quedo en la colonia. Excúsame ante el archidiácono. Sé que sabrá entenderlo —repuso el último cautivo de Homs.

—Por supuesto. Te conoce de sobra.

Amadís se despidió de Raimundo y de Hunfredo de Torón con un gesto de la cabeza. Descendió del monte de los Olivos por la senda que bordeaba el estanque de San Lázaro entre campos de vides plagados de pámpanos.

Los huertos y las casitas blancas surgieron poco después, a medida que el solitario jinete fue acercándose a la colonia. Así la llamaban los más bondadosos. Otros preferían usar el término «leprosería» para referirse al barrio surgido fuera de la ciudad, al otro lado del foso: un hospital, un convento, una iglesia con su cementerio y un pequeño racimo de viviendas aledañas.

Amadís aspiró el aroma dulzón de los frutales. La primavera había cuajado sus ramas de yemas y flores. Cabalgó hasta detenerse delante de su antiguo huerto. Encontró los árboles floridos, pero tristemente ahogados por la maleza. La misma hierba que asfixiaba sus troncos ocultaba además otros cultivos viejos y también malogrados. Muchas veces se había propuesto roturar de nuevo la tierra, y volver a plantar ajos, cebollas y puerros, como había hecho antes, ayudado por su vástago muerto. Pero nunca había logrado reunir el coraje suficiente para vencer la nostalgia. Tal vez algún día.

Los primeros hachones, observó, prendían ya en las torres. Las puertas de la ciudad cerrarían muy pronto. Después nadie podría entrar o salir de Jerusalén sin una excusa muy justificada. Pero la vida continuaría intramuros, al menos para algunos noctámbulos.

El hospital de leprosos, en cambio, siempre permanecía abierto. Porque su cometido era atender, a cualquier hora del día y en cualquier momento de su desgracia, a todos los aquejados por el mal de San Lázaro. Ya fueran peregrinos o residentes, pobres o ricos, hombres o mujeres. Como ya suponía, Bartolomé continuaba en su puesto a las puertas del recinto. El viejo cruzado se sobresaltó al reconocer a su amigo.

—¡Por todos los santos, Amadís! —exclamó—. ¡No te esperábamos tan pronto!

—¿Te refieres a los ocho meses de cárcel o a los seis días de viaje desde el presidio? —bromeó el recién llegado mientras se apeaba de su cabalgadura.

Ambos caballeros se fundieron en un abrazo emotivo pero incompleto, pues al bravo Bartolomé le faltaba la extremidad izquierda. Se la había dejado en una de las muchas escaramuzas libradas en territorio infiel. Su fuerza, sin embargo, seguía siendo admirable a pesar de las limitaciones. Además, ocultaba bastante bien el percance pues acostumbraba a colgarse el escudo del cuello mientras montaba guardia.

—¡Se me había olvidado! ¡Igual prefieres que te llamemos «conde» a partir de ahora! —exclamó el caballero manco en tono de rechifla.

Amadís le asestó un cariñoso puñetazo en el hombro.

—¡Hazlo y perderás el otro brazo! ¿Cómo están los enfermos? —preguntó.

Bartolomé torció el gesto.

—Dominique y René han muerto. Los demás aguantan.

—¿Hemos tenido ingresos?

—Sí, algunos. La enfermedad no descansa, ya sabes...

—Cierto.

—Si quieres comer algo antes de acostarte, Alberico anda todavía por ahí repartiendo cenas y bendiciones.

—No tengo hambre. —Amadís desestimó la idea de probar bocado y se encaminó directamente a los establos.

Cruzó el patio llevando a su montura por la rienda. A través de las ventanas abiertas del hospital escuchó la voz algo gutural del prior alemán. Desde hacía más de veinte años, Alberico era el encargado de velar por las almas de los internos más graves y de santificarles, llegado el momento, el tránsito al otro mundo. Sus conocimientos

médicos también lo convertían en el único físico autorizado de la colonia.

Amadís aseó a su fiel cuadrúpedo durante un buen rato. Después lo dejó descansando junto al resto de monturas de la Orden, apenas una treintena. Nada comparable con los dos mil ejemplares que los templarios guardaban en sus caballerizas subterráneas.

La noche envolvió al recién llegado mientras caminaba hacia el edificio conventual, el lugar de residencia de los caballeros sanos de la Orden y del propio Alberico. Un puñado de luces titilaba en la oscuridad, en el otro extremo del patio. Allí tenían sus viviendas los leprosos que aún contaban con energías para llevar una existencia independiente. Allí residía el gran maestro Gismond, un antiguo sanjuanista que había contraído la lepra algunos años atrás. Un hombre valiente y honorable que había decidido ingresar en la Orden de San Lázaro para seguir entregado a Dios, a Jerusalén y a otros enfermos de su misma índole.

Amadís repasó la inscripción grabada en la piedra tras ocho meses de ausencia: «*Atavis et armis*». «Con antepasados y armas». Así rezaba el lema de los servidores de la cruz verde. El mensaje bajo el que debía inclinarse todo aquel que pretendiera pasar bajo el arco de la puerta y penetrar en el convento.

Solo el eco de sus propios pasos lo persiguió hasta la celda. En realidad tampoco habría encontrado mucho más bullicio de haber llegado unas horas antes. Eran una docena, contándose él, los caballeros en condiciones de la Orden; los encargados de cuidar de más de un centenar de internos que apenas podían ya moverse de sus jergones. Por eso, el trabajo comenzaba temprano en el hospital de San Lázaro, y se prolongaba hasta bien entrado el mediodía. De ahí, la conveniencia de recogerse temprano.

Comparada con la mazmorra de Homs, su dormitorio se le antojó la alcoba de un príncipe. Tras un somero vistazo todo le pareció en su sitio: sus dos sobrevestes de hilo continuaban apiladas sobre la cama; sus botas, en el alféizar de la ventana; su cota de malla, cuidadosamente enrollada sobre una silla, igual que las brafoneras. Su escudo, sus espadas y sus lanzas seguían colgados de alcayatas. Todo parecía en orden, excepto una cosa.

Amadís descolgó el crucifijo que ya desclavara de la pared tres años atrás y lo dejó en el mismo rincón de siempre. Saltaba a la vista

que el padre Alberico había estado husmeando dentro de la estancia, y no había podido evitar la tentación de devolver a Cristo a un lugar predominante. En cualquier caso, el religioso alemán siempre se había mostrado indulgente ante su progresiva pérdida de fe. Incluso había hecho la vista gorda con sus devaneos.

El colchón del camastro le pareció hecho de plumas de ganso. Las mantas, auténticas sedas de Oriente. Su incapacidad para el sueño, sin embargo, era la misma que en la prisión de Homs. Dormía poco y mal en todas partes desde hacía años. En realidad, ya no recordaba la última vez en que el amanecer lo había sorprendido roncando a pierna suelta. Pero, seguramente, habría sido en los brazos de Ivette, ocho o diez meses atrás.

Amadís se levantó de la cama cuando se cansó de escuchar a las lechuzas en los tejados del convento. Ni siquiera se había molestado en desvestirse.

—¿Vas a verla?

—Sí.

—Haces bien. ¿Qué es un hombre sin una mujer a su lado? Además, ocho meses son muchos. Y no creo que Saladino te permitiera entrar en su harén privado.

—Pues no.

Amadís no tenía secretos con Bartolomé, el centinela infalible de la colonia. En realidad, no los tenía con nadie, ni siquiera con el prior Alberico. Porque a su modo de entender las cosas no traía cuenta esconder la verdad. Contar mentiras o guardar secretos era igual de inútil que tratar de hundir cortezas de alcornoque en el agua.

El caballero de San Lázaro salió al exterior y contempló el firmamento estrellado de Jerusalén. A su espalda, la torre de Tancredo asomaba sus almenas por encima de la muralla principal como un gigante indiscreto. La puerta de Jaffa y la de Damasco se encontraban a una distancia más o menos equidistante del hospital de leprosos, pero Amadís no iba utilizar ninguna de ellas para colarse dentro de una ciudad casi dormida. Demasiados pasos y, sobre todo, demasiados gritos para conseguir que los centinelas accedieran a bajar alguno de los puentes levadizos.

El caballero de San Lázaro prefirió circunvalar el recinto hospitalario en sentido derecho hasta darse de bruces con el foso. Vis-

lumbró la poterna de San Lázaro al otro lado, en la misma base de la antemuralla. Durante el día, aquella modesta portezuela era el acceso más rápido a la ciudad para los habitantes de la colonia. A medianoche, sin embargo, su pasarela de troncos apuntaba directamente a la luna. Afortunadamente, Amadís conocía el camino y los trucos para salvar la profunda sima. Había descendido por la pared de roca cientos de veces tentando las grietas y los agujeros con las manos. Una vez dentro del foso, una docena de escalones conducía tranquilamente hasta la poterna. El tintineo de las armas durante la operación resultó, sin embargo, inevitable.

—¿Quién anda ahí?! —exigió de inmediato Gastón, el caballero de San Lázaro encargado de la vigilancia.

—El único capaz de cruzar este maldito agujero sin partirse la crisma.

—¡Por todos los diablos, Amadís! ¿Eres tú?! Alberico nos dijo que te soltaban, pero no contábamos con tenerte aquí tan pronto. —El veterano lazarista enfundó la espada y descorrió los cerrojos con dedos ágiles.

Igual que con Bartolomé, el reencuentro de ambos amigos hizo crujir correajes y huesos. Tras el efusivo abrazo, Gastón procedió a asegurar de nuevo la gruesa cancela. Cuando se dio la vuelta, su compañero avanzaba ya con paso firme hacia los jardines que separaban los muros de Jerusalén de la urbe propiamente dicha. Había un retén de guardia apostado bajo el arco de la puerta.

Amadís el Hispano, como solían apodarlo en Tierra Santa debido al origen de su progenitor, se plantó tranquilamente frente a los soldados. Ninguno de ellos le preguntó siquiera por sus intenciones a horas tan intempestivas. Eran mercenarios a sueldo que habían peleado a su lado en más de una batalla. Hombres prudentes que conocían de sobra la vida y milagros del caballero que tenían delante.

Amadís los saludó con un gesto de la cabeza y dejó que el aroma del azahar le restregara la cara como una mano invisible enguantada en seda. Ochos meses de mazmorra y comida rancia le habían hecho casi olvidar la fragancia de los naranjos en primavera.

Se dirigía al oeste, hacia el puente de piedra sobre el Tiropeón, pero no pensaba sesgar la ciudad en línea recta. Hacerlo así habría significado atravesar primero la explanada del Santo Sepulcro y des-

pués los mercados cubiertos. Aquellas no eran zonas especialmente peligrosas de noche, y menos para alguien tan ducho con la espada. Pero a Amadís le deprimía profundamente la visión de los niños, y por eso prefería evitarlas.

Jerusalén era una ciudad populosa, inquieta, palpitante; repleta de peregrinos del mundo entero, de residentes habituales, de mercenarios extranjeros, de comerciantes sirios o griegos... y de cientos de niños abandonados a su suerte. Una buena parte de aquellos infantes descarriados se refugiaba en la explanada del Santo Sepulcro al caer la noche, a la espera de las limosnas de los primeros fieles. Otros preferían pernoctar bajo las bóvedas de la *ruga Malquisinat* o de la calle de las Especias, porque siempre quedaban allí restos e inmundicias con los que llenar el estómago una vez recogidos los puestos.

Cruzó la calle de San Esteban y alcanzó la *ruga Ispaniense*. Allí se paró a admirar el escudo de armas de los Monterroso en la fachada de una vivienda, un capricho de su adinerado padre durante su primera visita a Tierra Santa. Contempló durante unos segundos la casa que él mismo había habitado unos años atrás, hasta que decidió mudarse al edificio conventual de San Lázaro.

Giró enseguida a la derecha para descender al valle del Tiropeón y apoyó instintivamente la mano sobre la empuñadura de su espada al llegar a la calle de los Curtidores. El puente de piedra ya no quedaba lejos; pero aquellos terrenos, ocupados durante el día por inofensivos artesanos, convenía pisarlos con cautela después del crepúsculo. Allí, a cobijo de la noche, se daban cita gentes muy poco recomendables. Rara era la mañana en la que no flotaba algún cadáver en las aguas sucias del riachuelo.

Tahúres, tramposos, aventureros y también algunos incautos se reunían debajo del acueducto para jugar a los dados. En la margen opuesta, muy cerca de aquel tugurio infecto florecían algunas conocidas tabernas, como la de El León Dorado. Amadís había conocido a Ivette allí, entre jarras de vino áspero y rumor de borrachos. Al principio, el dolor de la tragedia lo había impulsado a buscar refugio en la bebida. Afortunadamente, el error no se prolongó demasiado tiempo.

Una ráfaga cálida e inmundada como la bocanada de un dragón enfermo le abofeteó al abrir la puerta. Le resultaron ya lejanos los días en los que él mismo había soportado, sin notarlo, la fetidez de

aquel ambiente. Pero lo cierto era que durante varios meses frecuentó la taberna hasta perder la noción del tiempo y de las cosas; hasta que Ivette lo zarandeaba cuando ya no quedaba nadie sentado a las mesas. Entonces emprendía el regreso a su casa, tambaleante, desconsolado, vacío como un cántaro con el culo roto.

Una madrugada, sin embargo, el noctámbulo impenitente despertó en una cama distinta a la suya, con una mujer a su lado.

—El vino no te ayudará a superar las muertes de tu hijo y de tu esposa —le dijo Ivette entre dos luces.

Amadís se dio cuenta de que el delirio de la borrachera había hecho que se le soltara la lengua. Imaginó que habría hablado de su pena irrestañable tras las muertes de Céline y de Santiago; de su abandono de Dios y de toda esperanza de una vida digna. Y de ahí que una estocada rápida e indolora en la batalla se le antojara como la única solución posible a tanta desgracia. La mirada grave de Ivette y su ademán sereno parecían, sin embargo, querer contradecir tanto pesimismo.

—¡Es que no puedo olvidarlos! —estalló entonces Amadís con impotencia, como si su causa no tuviera remedio.

La tabernera continuó mirándolo en silencio, con aquellas ascuas negras que gastaba por ojos.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —le susurró la muchacha—. Pero si, como dices, la muerte te rehúye en la batalla, tal vez puedas encontrar otros métodos para reunirte con ellos...

Amadís salió un instante de su purgatorio.

—¿Suicidarme..., quieres decir?! —demandó perplejo.

—Por ejemplo.

—¡Eso no! —negó tajante.

—¿Por qué? Tú no tienes fe. Para ti no existe el pecado. No hay Paraíso ni Infierno.

Por un instante Amadís pareció acorralado por sus propias paradojas.

—No hay tanta prisa... La muerte siempre nos alcanza a todos, con más o menos prontitud y justicia —adujo finalmente.

La bella Ivette se encogió de hombros.

—Tendrás que seguir viviendo entonces... —resumió—. Y te aseguro que será un suplicio si no encuentras un camino que dé sentido a tu vida.

Amadís guardó silencio. No se le ocurría una sola manera de conciliar el recuerdo de los suyos con una existencia simplemente llevadera. Pero Ivette volvió a esbozar aquella sonrisa triste y a la vez tranquilizadora.

—Mucho me temo que no te quedará otro remedio que convertir ese dolor que arrastras en tu propia fuerza —le dijo.

—¿Cómo?

—Podrías empezar por devolver algo de lo que recibiste —propuso.

Aquel mismo día Amadís dejó la casa familiar en la *ruga Española* y pidió el ingreso en la Orden de San Lázaro. Siguió viendo después a Ivette, cada vez con más frecuencia. Pero ya no lo hacía agarrado a una jarra de vino, sino abrazado al cuerpo sereno y gatumo de la muchacha como un náufrago empeñado en salvarse de la tormenta.

No estaba enamorado de ella, había decidido, porque continuaba soñando con Céline, su esposa muerta, con bastante frecuencia. Y eso, para él, era síntoma inequívoco de un amor todavía latente. Por alguna razón, sin embargo, anhelaba la presencia de Ivette en su vida. Le gustaban su conversación y su risa. La echaba de menos mientras trabajaba en el hospital y buscaba su compañía por las noches. Desgraciadamente, eso no era siempre posible, pues la muchacha se debía a su taberna; y a sus clientes. El León Dorado no era un prostíbulo a la usanza, pero Amadís era consciente de que, bien por capricho, bien porque la bolsa le pareciera colmada, Ivette dormía a veces con otros hombres.

«*Hoy no puedo*», solía decirle entonces, con aquel mohín de niña traviesa. «¿*Vendrás mañana?*».

«*Sí*».

Una sonrisa pícaro y un guiño eran la respuesta de la muchacha. Porque Amadís e Ivette se entendían con solo mirarse, aunque no se amaran.

La puerta se cerró detrás del lazarista, pero nadie dentro del local notó su llegada. El rechinar de los goznes, las pisadas, el tintineo de las armas..., todo lo engulló la cháchara de conversaciones y el repiqueteo de jarras. Amadís tuvo tiempo de sobra para localizar a Ivette entre las mesas. Rememoró el gesto ofuscado de la muchacha la noche en que le comunicó su inminente partida hacia Homs con

el fin de ofrecerse como rehén para que Raimundo III de Trípoli pudiera ser libre.

«¿Entonces...?», había murmurado Ivette con ojos despavoridos en las tinieblas de la alcoba.

«Entonces nada», había respondido Amadís con ojos duros pero húmedos, incapaz de predecir la duración de su encierro.

«Claro, entonces nada», había repetido ella bajando la cabeza, consciente de que no existía ningún compromiso de fidelidad entre ambos. En realidad, nunca lo habría. Porque, en opinión de la muchacha, los hombres que soñaban con otras, aunque ya estuvieran muertas, no valían para maridos.

Ivette reparó en Amadís a los pocos segundos. Estaba hecha a escudriñar la estancia de cuando en cuando en busca de nuevos clientes. Y el caballero lazarista no habría pasado inadvertido en ningún sitio.

Dejó la bandeja sobre una mesa vacía, se frotó las manos en el delantal, se ahuecó el cabello y se fue hacia él sin prisas ni aspavientos; como si apenas se alegrara de verlo. Como si la hoguera que llevaba encendida dentro fuera de hielo y no de fuego.

—El enemigo no te ha tratado tan mal, por lo que veo —lo saludó, aunque no pudo evitar la caricia.

—He estado en peores lugares —bromeó él, con la mano de Ivette puesta sobre su mejilla.

La bella tabernera de El León Dorado no había cambiado un ápice en aquellos ocho meses de ausencia. Frisaría los veinticinco años, pero en un buen día y si la luz no era mucha, podría pasar tranquilamente por una jovencita casi adolescente.

—¿Cómo se presenta la noche? —le preguntó Amadís mientras examinaba la clientela reunida en una habitación abarrotada.

Ivette abrochó sus brazos alrededor de la cintura del lazarista.

—Ya tardabas en preguntarlo. ¿Acaso no ves dos cruces verdes en mis pupilas?

## V

Despertó Amadís sobresaltado, como un centinela que ha descabezado un sueño en mitad de su guardia. Se sentó en la cama de un salto y escrutó el exterior a través de las contraventanas. Había dormido demasiado. Amanecería en una hora, más o menos, y debía estar en el Hospital con las primeras luces con el fin de trasladar a los enfermos más graves hasta el estanque de San Lázaro. Aquella era una labor que realizaba con Bartolomé y Gastón cada mañana.

Obviamente, durante su confinamiento en Homs, ambos caballeros habían tenido que apañarse solos. Habrían tenido que llevar sobre sus hombros, uno por uno, a personas que ya no podían siquiera montar en un burro ni soportar el traqueteo de un carro. Eran aquellos unos seres que se caían a pedazos, como si sus cuerpos ya no pudieran soportar el peso de la carne. Aun así, los tres caballeros lazaristas se esforzaban en cuidarlos y asearlos a diario, a conciencia. Les ofrecían todo su cariño, para que el calvario de la lepra no fuera un añadido más a su injusta desgracia. Más tarde acudía el prior Alberico con los potingues, los emplastos y los rezos.

Amadís admiró unos segundos el cuerpo ondulado de Ivette, le acarició los cabellos con un dedo y la besó en un hombro con mucho cuidado. Después se vistió sin hacer ruido. Al principio de sus encuentros solía dejarle unas monedas en la almohada de la cama, pero ya no lo hacía porque a ella no le gustaba. «*Me hace sentirme como una furcia. Y no soy eso para ti, supongo...*», le dijo un día.

Flecos de una luz muy blanca asomaban al este de Jerusalén, por encima del muro templario, la enorme pared levantada por los caballeros para aislar su distrito del resto de los mortales. Amadís, sin embargo, iba a caminar en sentido opuesto, hacia la colonia de San Lázaro. En esta ocasión, ya no juzgó necesario rodear la zona de los mercados y la explanada del Santo Sepulcro. A aquella hora, los niños perdidos ya se habrían diseminado por las más de sesenta

iglesias con que contaba la Ciudad Santa. Pasarían un día más arremolinados en los escalones de los templos, pidiendo limosna o comida a los fieles. Y a la vez pendientes de cualquier descuido. Para salir corriendo con una bolsa llena de monedas o una reliquia recién comprada si la ocasión se presentaba propicia.

Ascendió Amadís por la calle de los Curtidores y torció a la izquierda en su primera confluencia. Pretendía acceder por allí a la calle de los Bazares, para avanzar por aquella solitaria vía hasta enlazar con el estrecho pasadizo que la comunicaba con la *ruga Malquisinat* y la calle de la Especias.

Eran tres callejones largos, paralelos, coincidentes con el antiguo *cardo* romano. Durante el día estaban llenos de vida, gracias al techado que protegía a vendedores y clientes del sol o de las inclemencias del tiempo. Por la noche, en cuanto se consumían los hachones de las paredes, aquellos espacios se quedaban vacíos de voces y oscuros como la boca del lobo.

Amadís se detuvo un instante para contemplar a la luz de la luna las bóvedas de crucería y los majestuosos pilares adornados con capiteles. Una admirable obra arquitectónica que los cruzados habían acometido tras la conquista de Jerusalén con el fin de favorecer el comercio interno de la ciudad.

Le pareció escuchar pasos en la oscuridad mientras miraba. Titubeó un segundo, pero descartó la idea de evitar aquel recinto empedrado dando un rodeo por el barrio Armenio. Seguramente se trataba de los últimos niños, de algún grupo de rezagados camino del Santo Sepulcro o del Hospital de los Caballeros de San Juan.

Todavía no había recorrido veinte pasos dentro del túnel cuando fue consciente de su fatídico error. No necesitó mirar atrás para saber que lo seguían. La duda estribaba en si eran dos o tres los maleantes, y de qué tipo. En ocho meses, se dio cuenta, había olvidado la prudencia y, por ende, las buenas costumbres. Ahora tendría que esperar un poco para comprobar la verdadera calaña de sus perseguidores. En aquella zona operaban auténticos profesionales de la emboscada; y también meros perdedores acorralados por las deudas del juego. Bribones que buscaban recuperar parte de su fortuna a costa de caminantes descuidados.

Una mujer salió de las sombras y se le colgó del brazo derecho. Farfullaba palabras soeces con voz aguardentosa, prometía deleites

carnales rápidos y a módicos precios. Amadís apenas la miró. Tampoco trató de apartarla de su lado. Sabía que el auténtico cometido de la mujerzuela no era otro que embarazarle los movimientos de su mano diestra, la de la espada.

Un reflejo blanco, de acero bien lustrado, centelleó en el lado opuesto de la calle. Un hombre enfundado en una loriga larga avanzaba hacia él con paso confiado. Traía su arma ya desenfundada, lista para usarla. Amadís no le vio la cara porque el desconocido llevaba el almófar sobre la cabeza. Pero sí distinguió dos siluetas pardas, recostadas tranquilamente contra el muro de la calle. Eran sus compinches, y esperaban el desenlace de los primeros golpes. Contando con los que venían por detrás, el grupo debía de estar formado por al menos cinco villanos, más la prostituta, calculó el lazarista.

El de la cota de malla cargó el brazo para lanzar una estocada de punta, pero Amadís ya lo estaba esperando. Aquel era el *modus operandi* típico de todas las bandas de criminales urbanos. Primero actuaba el más preparado, el mejor protegido. Y después, si la víctima aún resistía, se aplicaban los otros.

La mujer se aferró al antebrazo de Amadís como una lapa. Cargó sobre él todo su peso. Pensó erróneamente que el emboscado intentaría librarse de aquel estorbo para defenderse con la espada. Lejos de hacerlo, el caballero de San Lázaro la usó de adarga. Tiró de ella con fuerza, la hizo girar en el aire como una peonza hasta colocarla delante de él como un escudo humano. Desenfundó a la vez la daga con su mano izquierda.

Dos palmos de acero surgieron de repente bajo el esternón de la prostituta. Su propio compinche la había estoqueado, sin pretenderlo, en plena espalda. Antes de que pudiera derrumbarse, Amadís volvió a rotar en sentido inverso. Atrajo así al de la loriga, que mantenía la espada ensartada en el cuerpo desvencijado de su compañera. Un aullido atroz rebotó contra las paredes del túnel cuando el caballero de San Lázaro le clavó su daga en el ojo izquierdo.

Tras la cuchillada, el desconocido retrocedió dos pasos. Trastabillaba como un beodo, se tapaba la cara con ambas manos mientras bramaba como un cerdo. El segundo golpe Amadís lo ejecutó ya con la espada, por debajo del borde de la loriga, a la altura de la

rodilla izquierda del maleante. Fue un tajo profundo, certero, de carnicero experto. Resultó casi cómico ver cómo la pantorrilla y el pie del desgraciado salían volando por los aires pero él todavía continuaba en pie unos segundos antes de derrumbarse.

Una alborada tímida quería filtrarse ya por el angostillo que unía las tres calles cubiertas de Jerusalén. Amadís se colocó de perfil en el cruce, para que aquel haz de rayos oblicuos le iluminara la figura y el rostro.

—¡Es el Hispano! —exclamó al fin uno de los malhechores.

—Os dije que lo habían soltado —se lamentó otro.

—¡Y yo os dije que podía ser él el hombre al que estábamos siguiendo, pedazo de imbéciles! —terció el más cauteloso mientras echaba a correr para ganar la salida del callejón cuanto antes.

Sus cuatro compinches siguieron su ejemplo a continuación. Solo entonces se agachó Amadís para limpiar su daga y su espada en las ropas de la prostituta. Después se inclinó sobre el único asaltante que no había podido huir de la quema.

—No voy a matarte si tú no quieres —le dijo con voz serena.

El jefe del grupo lo miró con un ojo espantado y el otro vacío.

—¡Quiero vivir...! —suplicó exangüe mientras trataba de contener la hemorragia de su pierna con ambas manos.

Amadís asintió, haciéndose cargo del dilema.

—Es natural —le dijo—, pero, aunque te hicieras un torniquete con el cinto, ya has derramado mucha sangre...

—¡Pero aún puedo salvarme! —reclamó aquel hombre sacando fuerzas de flaqueza.

El lazarista torció el gesto.

—No lo creo —le contradijo—. Sabes tan bien como yo que las ratas y los perros ya habrán olido tu sangre y se presentarán en cualquier momento para terminar la faena. No será un final fácil...

Las manos crispadas del malhechor se cerraron sobre los faldones de la sobreveste de quien tenía que haber sido su víctima.

—¡Llévame contigo! —aulló espantado—. ¡Eres un caballero del Hospital de San Lázaro! ¡Allí podéis curarme!

Amadís volvió a mostrarse taxativo.

—No puedo hacerlo. No eres un leproso, ni siquiera un enfermo. Tan solo un criminal con mala suerte. Mi hospital no es para gente de tu especie —respondió—. Estás en una encrucijada y

debes elegir entre dos caminos: morir devorado por perros y ratas o bajo mi espada.

Las luces del alba avanzaban ya por la calle de los Bazares como una larga procesión de luciérnagas.

—Se me está haciendo tarde —apremió al herido.